

En el centenario de Humboldt

Escribe: **GUILLERMO HERNANDEZ DE ALBA**

— II —

HUMBOLDT, ACOSTA Y URICOECHEA

En la hora del cenit de Colombia la grande, señalado por el año de 1825, dos jóvenes oficiales del ejército libertador: capitán de veinticuatro años el uno, Joaquín Acosta, hijo menor del hospitalario hogar que acogió en Guaduas en 1801 al viajero alemán y cuidó las traicioneras tercianas de Bonpland: de noble estirpe española el segundo, Vicente Roche Domínguez, el de adónico perfil, atraídos por el amor a las ciencias, enrumbaron a la Ciudad Luz. Durante cinco años concurren asiduos a las cátedras donde la sabiduría se expresaba por los labios disertos de Bertrand, de Thenard, de Andrieux, de Daunou, Arago y Cordier, Azais, Duhamel, Orfila, Villemain y por último, bajo la dirección inmediata del coronel Pursant, ingeniero meritísimo, a cuyo lado, Acosta hace parte de la comisión científica que levantó el mapa de Francia. Le toca estudiar el Departamento de *Seine et Oise*.

Mas no fueron los catedráticos de La Sorbona y del Observatorio Astronómico los que mejor enseñaron a estos cachorros de sabios. Hubo una amplia puerta acogedora que se abrió para los dos amigos, pero mejor aún para el más estudioso de los dos: Joaquín Acosta. Tras ella penetraron en el santuario que como núcleo de la estrella de la sabiduría de él arrancaban los caminos para la Academia, para el glorioso Instituto, para el salón de Lafayette y de todo lo grande que en su tiempo encerraba

París. Era la de Alejandro von Humboldt que súbitamente a la presencia de Acosta y de Roche, renovaba memorias guardadas en lo más hondo de su corazón. Cómo pensar que el infante que vio gatear a su lado en Guaduas en 1801, se había trocado en el gallardo oficial colombiano que a su lado tenía, doblado en sabiduría y pasión por la geografía, las matemáticas, la astronomía y la ingeniería de caminos, la química, la física y aun la medicina.

Llegaban a París en momentos en que el prusiano se ocupaba en levantar una carta geográfica de Colombia y con Acosta arribaba el mejor informador. El que a partir de 1820 había recorrido a lo largo y a lo ancho el misterioso territorio del Chocó, que llegó a conocer palmo a palmo, en servicio de la patria naciente.

Los billetes se sucedieron a la par con las visitas:

“Deseando el señor de Humboldt consultar al señor Acosta acerca del plano del Chocó, le suplica se acerque a verle mañana jueves entre las 3 y las 5.

“Amistades.

Humboldt”.

“Al señor capitán *Joaquín Acosta*.

“Quiero recordar a usted y a su amable amigo el señor Roche que me dieron la esperanza de comer conmigo el sábado. Sírvanse, pues, venir a las 6½, no a mi casa, sino al *Café de Chartres* en el Palacio Real, cerca de Very. Al preguntar por mí los llevarán a un gabinete particular.

“Mil amistades.

Humboldt”.

“Miércoles.

“Por favor venga a verme el sábado por la mañana, por algunos minutos entre las 8 y las 10 para consultarle sobre el Chocó.

“Perdone mis importunidades.

Humboldt”.

“Viernes.

“Temo mi querido amigo, que se encuentren faltas de ortografía española en 10 líneas que debo imprimir, y no encuentro el libro para consultarlo. Hágame el favor de mandármelas corregidas, con tal que el sentido sea el mismo.

“Amistades.

Humboldt”.

“Tendré el más vivo placer en recibir al señor Roche y a Domingo Acosta, cuya respetable familia (¡hace siglos!) tuvo para mí tantas bondades. Venga a verme el sábado a las 8 y media, si esto no lo molesta demasiado.

“Su adicto,

Humboldt”.

El sabio lo introduce entre sus más insignes relaciones; si va a las sesiones solemnes del Instituto o de las cuatro academias, lo hace en la compañía de los jóvenes colombianos que de tal manera alternan con lo grande entre los grandes de las ciencias y la política.

Palacios, museos, galerías, jardines botánicos de la Europa sabia fueron libros abiertos para la insaciable avidez del olvidado sabio colombiano, que regresó a la patria, desgarrada con la muerte del Libertador y la desintegración de su genial creación política.

Varios lustros habían caído en la noche de los tiempos. Por París habían pasado Fernández Madrid, Santander, Herrán, Torres... y desde luego demorado horas inolvidables en el estudio del maestro universal. En 1850 llega a Berlín, residencia ahora del Barón von Humboldt, que al aproximarse el anochecer de su vida, buscó de nuevo los floridos bosques de su palacio paterno, el más calificado y juvenil representante de la tercera generación colombiana, que mantenía viva la memoria de quien tanto había hecho por dar a conocer la patria de Nariño y de Torres. Era un nieto del hidalgo señor de la hacienda de *Canoas*, don Fernando Rodríguez de la Serna, donde Humboldt pasó horas gratísimas durante su estancia en Santafé de Bogotá en 1801.

De 19 años apenas y ya Ezequiel Uricoechea ostentaba el grado de doctor en medicina por la Universidad de Yale, y llegaba a Europa para enrumbar aún mejor por el camino de la sabiduría.

La noche venía ya sobre la perenne juventud del sabio alemán, cuando tocó a su puerta quien de un solo golpe vino a revivir memorias latentes. Con afecto paternal, con la noble gratitud que guardó por sus viejos amigos, abuelos del joven estudiante, recibió al renuevo de una estirpe ilustre, injertada al añoso tronco ibérico. Nuevo discípulo, de labios del maestro incomparable recibió las primeras lecciones de alemán, el consejo de permanecer a su lado en la Universidad de Berlín o seguir a Gotinga, itinerario que adoptó el prematuro doctor para optar en la ilustre universidad nuevos lauros académicos en filosofía, química y mineralogía. Vendría luego una asidua correspondencia, por desgracia definitivamente perdida.

En 1854 se despidieron maestro y discípulo, que reintegrado a su patria, a la que quería entregar el fruto de muchos años de estudios ejemplares, hubo de recibir en ella la funesta noticia de la muerte del Barón von Humboldt a quien consagró la despedida que cierra esta memoria, como el más sincero homenaje a aquel sabio universal cuyo bicentenario natalicio que acaba de convocar al mundo sabio para alabar al Dios nuestro, que supo infundir en tan extraordinaria vida el don divino de la inmortalidad en que consiste la prolongación de su magisterio más allá de la muerte.

La despedida de su postrer discípulo colombiano dice, así:

“EL BARON DE HUMBOLDT

“Pocos días hace que recordábamos con orgullo el bondadoso cariño con que nos trataba a los americanos el Barón A. de Humboldt. Pocos días hace que aún creíamos vivir con él; y ya la infausta noticia de su muerte volaba al través del Atlántico.

“El Barón de Humboldt, conocido en todo el orbe, no necesita necrologías, y en vano nuestra tosca pluma se esforzaría en humanizar a ese coloso del genio, levantando por el genio mismo, a ese hombre, cuyo nombre solo es el emblema de las ciencias, cuando solo su espíritu vivía con nosotros.

“Aunque muy robusto aún en 1852, ya se sentía él con pocos años de vida. La muerte de su condiscípulo y antiguo amigo Leopoldo von Buch, célebre geólogo, lo afectó mucho, y más de una vez dijo Humboldt a sus amigos, que no lo sobreviviría muchos años. La de su compañero de viaje, Aimé Bonpland acabaría de despertar en él ese temor.

“Jamás creímos que nos tocaría la dura pena de anunciar su muerte a nuestros compatriotas, cuando enseñándonos las primeras frases alemanas que aprendimos, las escribíamos con la misma pluma con que él, pocos momentos antes, había trazado algunas líneas cariñosas en nuestro álbum; pues nos queremos ilusionar con la creencia de que hombres inmortales en su existencia moral, como lo es Humboldt, lo han de ser también en su existencia física.

“¡Vana esperanza! Humboldt, el sabio universal, el consumado diplomático; orgullo de las ciencias y de nuestra raza; la bondad personificada, ¡Humboldt ha muerto! ¡El 6 de mayo de 1859 a las dos y media de la tarde dejó de existir este hombre extraordinario, y poco tiempo después se halló su cadáver al lado del de su ilustre hermano Guillermo, dejando un luto universal, y para nosotros los neogranadinos el sentimiento de haber perdido en Europa un hombre que tanto nos quiso. Siempre, en sus afectuosas despedidas, nos reiteraba el deseo de que a su nombre escribiéramos a sus amigos, lleno de gratos recuerdos de nuestro país, pues no quería que se olvidasen de él, de un hombre a quien los reyes cedían sus cetros, y que con entusiasmo aún, preguntaba por la suerte de nuestros abuelos!

“No es posible sentir la muerte de Humboldt como se siente la de un padre o de una madre; Humboldt participa de cierta divinidad que aleja de nosotros esos sentimientos puramente humanos, y que aunque estemos llenos de congoja por su pérdida, ese mismo respeto, ese mismo dolor nos obliga a enmudecer...”.